

La ciudad dormía, aunque nunca en silencio. Desde la ventana alta de un edificio antiguo, se podía ver el parpadeo constante de las luces lejanas: semáforos cambiando, faroles encendidos, ventanas iluminadas aquí y allá como islas en la oscuridad. El murmullo de motores se mezclaba con algún grito ocasional, un perro ladrando, la vida nocturna latiendo en rincones invisibles. Y sin embargo, en medio de todo eso, había una calma extraña, casi irreal. El cielo, gris y cargado de nubes, parecía presionar sobre los techos, como si quisiera caer y cubrirlo todo. Pero justo en un claro entre esa inmensidad oscura, una estrella solitaria resistía. Brillaba con terquedad, pequeña y lejana, y cualquiera que la mirara podría pensar que no tenía importancia... salvo para aquel que necesitara una señal. Allí, en ese cuarto pequeño con paredes despintadas y un escritorio lleno de papeles arrugados, alguien observaba esa estrella como si fuese el último faro del mundo. Tenía los ojos cansados, pero también un fuego dentro, ese tipo de fuego que no quema por fuera, sino que arde en silencio y empuja a seguir. Pensaba en todo lo que había hecho, en lo que había perdido, en lo que aún soñaba. Y, sin saber muy bien por qué, sentía que esa estrella le estaba respondiendo. No con palabras, claro, pero sí con una certeza: que incluso en la inmensidad de la oscuridad, siempre hay un punto de luz que se niega a apagarse. Que la vida es ese vaivén constante entre la sombra y la claridad, y que uno mismo decide si caminar con la cabeza gacha o levantar la mirada y buscar ese brillo escondido. Afuera, el viento comenzó a soplar más fuerte. Las hojas secas que quedaban del otoño se arremolinaron en las calles vacías, y un gato cruzó velozmente hacia algún refugio invisible. Las nubes avanzaban pesadas, pero la estrella seguía allí. Y, mientras tanto, la ciudad continuaba respirando: los que reían en bares escondidos, los que lloraban en habitaciones solitarias, los que soñaban dormidos sin saber que compartían el mismo cielo. El observador, todavía frente a la ventana, respiró hondo. Tal vez mañana todo siguiera igual: los mismos problemas, las mismas dudas, la misma rutina. Pero, por un instante, entendió que había algo más, algo sencillo y profundo al mismo tiempo. Entendió que incluso en la ciudad más ruidosa, en la noche más pesada, podía existir un silencio íntimo, un espacio donde la esperanza brillaba tan obstinada como esa estrella solitaria. Y con ese pensamiento, cerró los ojos.

u y , f l F r v r g f y l a b r g f c e h